

Afganistán y el desequilibrio del terror

EDUARDO HARO TECGLÉN

EN el fondo, lo que la Unión Soviética ha hecho en Afganistán es lo que los Estados Unidos no se atrevieron a hacer en Irán: invadir el país para evitar que la nueva exaltación coránica derribara el régimen a la medida, la zona de influencia, esencial para sus intereses. Aparte de los juicios morales —la contención americana es, evidentemente, mucho más aproximada a los conceptos de moral vigente que la invasión soviética—, las condiciones finales de éxito no son mayores para la gran apuesta soviética que para el cálculo de los Estados Unidos. Es decir, no hay ninguna garantía, en estos momentos, de que la ocupación pueda ser concluida con felicidad —para sus propósitos—, ni pronósticos válidos de que el régimen instalado —el de Babrak Karmal— pueda llegar a valer por sí solo en un plazo próximo. Es evidente que la potencia de fuego del ejército soviético, sin necesidad de acudir a un armamento peligroso o demasiado moderno, es suficiente para dominar un país maltrecho y pobre como Afganistán; también era evidente que la potencia de los Estados Unidos era suficiente como para acabar con la resistencia en el Vietnam. De todas formas, la URSS no puede encontrarse fácilmente con su Vietnam en este país. Hay diferencias considerables: la más esencial, la frontera. Pero ya se sabe que hay una resistencia, unas guerrillas. Hay unas montañas, hay un desierto, una cierta organización nómada; hay también otras fronteras de Afganistán por donde los resistentes pueden recibir ayuda: con Irán, donde Jomeini ha condenado con la violencia verbal que le es característica la acción soviética; la hay con Pakistán, que es un peón americano. Desde Pakistán se organiza hace años la lucha contra el régimen prosoviético de Afganistán, se adiestran guerrilleros, se suministra material y se exporta cierta fe religiosa. Hay una brizna de frontera —la suficiente— con China, cuya mayor pasión política —y, según

Pekín, vital— es hacer fracasar cualquier empresa soviética.

Una aventura arriesgada

Es decir, la Unión Soviética ha comenzado no una aventura, sino una auténtica concatenación de aventuras enormemente arriesgadas. Habría que pensar que si Brejnev no fuera el anclazo perdido y enfermo que es, que si Kossiguin permaneciese en su puesto, tal vez esta acción no se hubiese llevado a cabo. Hay que relacionarla con lo que se considera, sin duda exageradamente, un renacimiento del stalinismo: es decir, con el auge de un sector en el centro del poder que elige

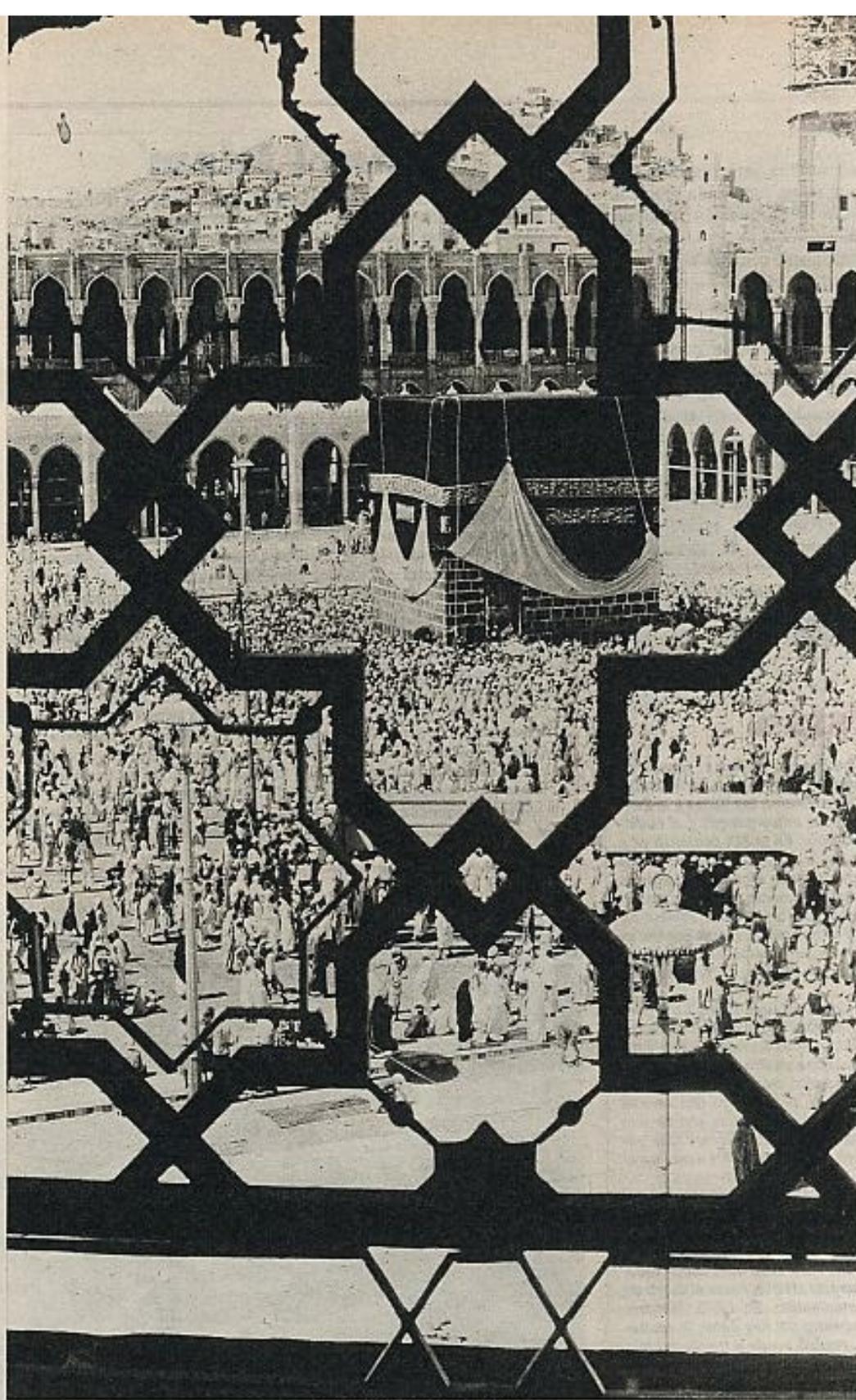
las soluciones de combate, cuesten lo que cuesten. Y, a su vez, ese supuesto stalinismo no es un hecho que se produzca por sí solo; gana, o decide, como consecuencia del largo cerco a la URSS, del recrudescimiento y el viraje occidentalista de China, de la nueva guerra fría.

Hay una manera de ver este suceso, y es su inmediatez a la decisión de Estados Unidos-OTAN de instalar una amplia red de misiles nucleares en Europa, en torno a la Unión Soviética. Ese hecho principalísimo, de una trascendencia mucho mayor que la invasión del Afganistán, causó en Moscú una impresión profunda. Se ha considerado prácticamente como una preparación de guerra; más aún, como la confr-

mación de que realmente el Pentágono, apoyado firmemente por Alemania Federal, y sostenido a desgana o no por los países europeos, considera que la guerra está en el círculo de las posibilidades muy próximas. Los grupos "duros" de Moscú han considerado que ciertas prácticas de coexistencia, de apaciguamiento, de pacto o de acuerdo, incluyendo las dos grandes creaciones que presidieron la larga era de Brejnev, y que son las Salt y la Conferencia de Seguridad Europea, no estaban sirviendo en absoluto para evitar a la URSS el riesgo de una guerra, ni siquiera una afirmación y una seguridad, sino todo lo contrario. Automáticamente, todo esto supone una revisión del concepto de coexis-



Tanques soviéticos, en Kabul.



La gran mezquita de La Meca.

tencia pacífica emitido por Kruschchev, que ya pagó con su cargo —aunque las acusaciones fueran de otro cariz— su exceso de audacia. La base teórica de la coexistencia trataba de hacer un juego semántico: la concurrencia entre sociedades de modelo socialista y de modelo capitalista no tenía que hacerse necesariamente por la guerra, sino por la

evolución de sus sociedades y de sus economías; siendo la razón económica puramente marxista, el tiempo y la coexistencia permitirían la destrucción de las sociedades capitalistas, por sus contradicciones internas, y el auge y el triunfo de las sociedades socialistas, hasta la llegada del comunismo. Pero el tiempo pasa, y no sucede exactamente así. Es

cierto que las sociedades capitalistas atraviesan una crisis gravísima; pero es cierto, también, que la sociedad soviética no progresa, no mejora, no se afirma. A Kruschchev se le acusó de haber sido erróneamente blando en la crisis del Caribe, retirando los misiles de Cuba ante la amenaza de Kennedy; los que le condenaron entonces son los mismos

—mentalmente— que deciden la invasión de Afganistán.

La coexistencia, rota

La doctrina soviética en este caso parece ser ésta: "La coexistencia se ha roto con la decisión de la OTAN, luego tenemos el derecho de no respetarla". Pero, ¿por qué, precisamente, con esta acción en Afganistán? Los riesgos son enormes. Aparte del antes señalado de que la aventura militar no sea tan fácil está la pérdida de prestigio en el mundo islámico. Las primeras condenas vienen, ciertamente, de los países árabes "de la derecha": la Universidad de El Azhar —centro máximo de los estudios coránicos—, en Egipto, habla de "genocidio"; Arabia Saudita, los Emiratos, condenan el "crimen". Pero también en el Irán ha habido intentos de asalto a la Embajada soviética, manifestaciones de estudiantes, mítines de afganos exiliados y condena de Jomeini y otros jefes religiosos. La Unión Soviética está corriendo el riesgo de legalizar a los Estados Unidos. Es decir, de dar la imagen de que hay un imperialismo peor que el otro, el clásico. Después de todo, la acusación jomeinista contra Estados Unidos se ha centrado —estúpida, pasionalmente— en el hecho de albergar al Sha y curarle, incluso de tener espías en su Embajada: ¿qué es eso en comparación con la invasión armada de un país para aplastar a los musulmanes? Carter aprovecha la ocasión para insinuar que los Estados Unidos podrían prestar ayuda militar al Irán en el caso de que éste se viera amenazado. Y los órganos de información recuerdan lo que Jomeini no ignora: que hay un tratado de 1921 por el cual la URSS puede intervenir en Irán militarmente si sus intereses se ven amenazados. Al mismo tiempo, se reanuda en Asia los antiguos pactos antisoviéticos, a partir de Pakistán. Y China recibe la visita del secretario de Defensa, Harold Brown: la visita estaba prevista desde antes, pero ahora se calcula que Brown ofrecerá menos resistencia a las peticiones chinas de material militar de alta calificación. La verdad es que si dentro de su indignación facial y sus juramentos morales Carter está satisfecho de la acción soviética que le lava la cara y las viejas manos imperiales, China no cabe en sí de gozo: es la prueba de que la URSS es lo que ella siempre ha denunciado: expansionista.

Afganistán

La tesis del expansionismo es la que aplican los Estados Unidos para explicar la acción soviética. La importancia primordial de Afganistán para la URSS sería la de que este país es "la piedra angular para el posible control por Moscú de gran parte de los recursos petrolíferos del mundo". Si se contempla un mapa se ve que, en efecto, Afganistán es un pso clave para el golfo, para el Indico, siempre que se atraviese el Irán y el Pakistán; pero esos pasos sucesivos que tendría que dar la Unión Soviética son miles de veces más graves que los que ha dado en Afganistán. A menos que la revolución del Irán, por antiamericanismo, se convirtiese en prosoviética; o que el Pakis-

tán sufriera otra revolución. Lo cual no es, hoy, nada probable.

La preocupación soviética mayor era la de ver instalado un jomeinismo con otro nombre —o quizá con el mismo— en la frontera de su país: en la frontera que tiene, del lado soviético, una inmensa población musulmana. Aproximadamente, la cuarta parte de la población de la URSS es musulmana, y un tercio de esa población está en las repúblicas soviéticas que forman la frontera con el Afganistán. La "guerra santa" podría prender allí —mezclada con problemas de irredentismo, de no asimilación— con un carácter que dejaría absolutamente pálidas las cuestiones de los disidentes, de

Afganistán

UNA vieja cultura, una civilización inteligente, forman el pasado de este país, hoy desdichado y miserable. Zaratustra (Zoroastro) y Avicena nacieron en Afganistán; aquí se escribieron los Vedas y el Zendavesta y se intentó un sincretismo entre los mitos griegos y el budismo. Hasta el siglo XVIII fue un reino poderoso. En el XIX comenzó ya a servir de tema de enfrentamiento entre Rusia y el Imperio británico. En las historias británicas se cuentan las tres guerras afganas: la primera, de 1838 a 1842, para combatir la supuesta influencia rusa, fue perdida. La segunda tuvo como motivo que el Rey aceptó un emisario soviético y rechazó al británico, duró entre 1878 y 1879, y los invasores británicos fueron también rechazados. La tercera fue una "operación de castigo" por haber tenido la insolencia los afganos de realizar manifestaciones antibritánicas.

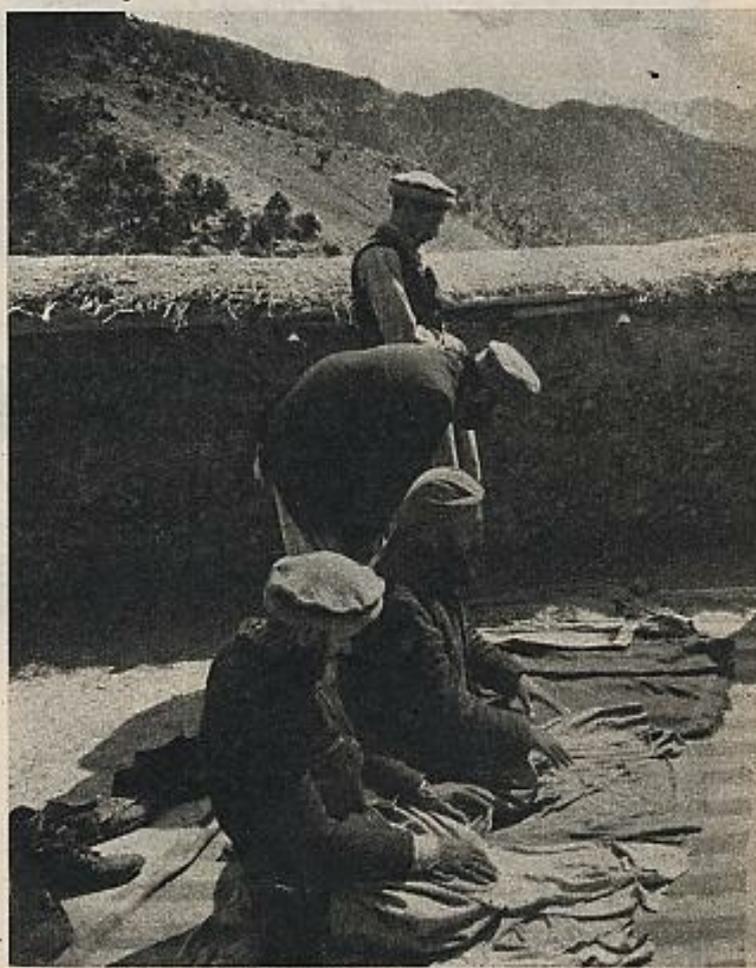
Los rusos recibieron también dos lecciones en Afganistán. La primera, cuando Lenin intentó extender su revolución, con la colaboración del Rey, en 1919; en 1929, una revuelta de las tribus expulsaron a los rusos. La segunda, una insurrección musulmana dentro de la URSS, fomentada desde Afganistán, con la colaboración de agentes británicos.

En Afganistán viven quizá veinte millones de personas (los censos son imposibles: fallan los registros civiles, y los nómadas son de una gran movilidad) de etnias distintas y una treintena de idiomas (dos oficiales). La mayoría de los habitantes viven de la ganadería. La raza karakul es afgana. La pobreza es grande.

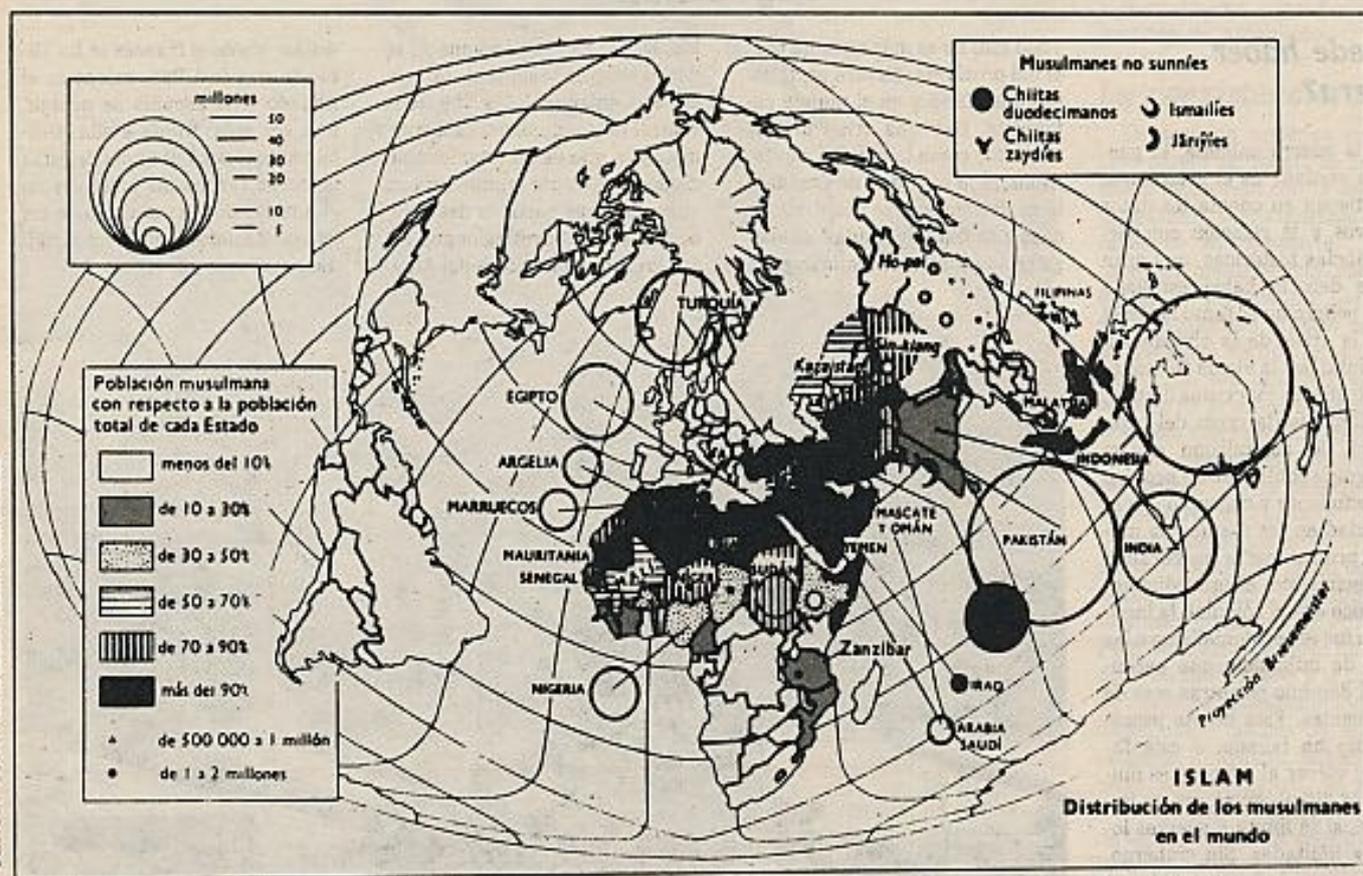
Mohamed Zahir Chah, elevado al trono en 1933, intentó sacar algún partido en la posguerra. Recibió ayuda considerable de Estados Unidos y de la URSS; más tarde, de Alemania Federal. En 1964, Zahir promulgó una Constitución liberal, disminuyendo las trazas del feudalismo —el poder de la aristocracia—, instituyendo una Asamblea del Pueblo; todo, sin embargo, bastante lejano de la democracia clásica, hasta el punto de que en 1964 hubo graves disturbios estudiantiles. En 1973, Mohammed Daud Jan, que había sido primer ministro del Rey Zahir, le destruyó, se inclinó hacia los Estados Unidos, recibió ayuda a través del Irán —el Sha se aseguraba así su frontera—. Pero la semilla soviética —la URSS había reorganizado y rearmado el Ejército afgano— y la presión dictatorial de Daud cambiaron la cuestión: en 1978, respondiendo al asesinato de un dirigente de la izquierda, se levantó el pueblo, le secundó una fuerte unidad militar; las cárceles se abrieron, el régimen cayó y se institucionizó un régimen procomunista, dirigido por Mohammed Taraki y Hafizullah Amin, totalmente inclinado hacia la URSS. Intentó una reforma de costumbres, una socialización, una reforma agraria; las mismas tribus que en 1929 habían rechazado el socialismo —ayudadas por los británicos—, en 1978 se alzaron contra el nuevo régimen, ayudadas por el Sha, por los Estados Unidos, por China. Los musulmanes protestaban contra el ateísmo. La insurrección fue ganando montañas. Taraki creó un complot contra Amin; pero fue Amin quien destruyó a Taraki, en este año. No consolidó la situación. El Ejército estaba plagado de desertores; las montañas, de guerrillas, y las fronteras, de infiltraciones. En octubre, en noviembre, hubo consejeros soviéticos asesinados en Kabul. El 27 de diciembre se produjo la intervención soviética: y la muerte de Amin, y su sustitución por Babrak Kamal. ■

"Dar al Islam"

El Islam acaba de entrar en el siglo XV (a contar desde la Hégira, o salida de Mahoma hacia el exilio): es la más reciente de las grandes religiones reveladas universales. El número de fieles se calcula, hoy, en unos quinientos millones; son mayoría en treinta y cinco países de África y Asia, forman grandes núcleos en la URSS y representan un 25 por 100 de la población china. En una proyección cartográfica habitual, la mancha islámica se extiende entre Marruecos y la zona de Indonesia. En Estados Unidos hay unos 400.000: la fe musulmana se ha fortalecido por la reciente tendencia de los negros a abrazarla como forma de reacción contra el dominio cristiano-blanco-sajón. En Europa hay trece millones. Religión y política se mezclan hasta formar una sola unidad: generalmente, los dirigentes de los grandes países musulmanes son simultáneamente imanes de los creyentes. Las bases religiosas son la tolerancia, la igualdad de todos: como en otras religiones, es difícil traducir la teoría a la práctica. La revolución del Irán, donde Jomeini es ahora el imán de los creyentes, trata de restablecer ese orden de igualdad, e incluso de tolerancia, como lo ha demostrado al facilitar oficios religiosos para los rehenes de los Estados Unidos: porque la tolerancia islámica, a la inversa de la cristiana, lo es para los infieles, pero puede ser cruel para quienes siendo mahometanos faltan a sus creencias o a sus cumplimientos, como también lo demuestra Jomeini. A pesar de que, políticamente, ha dado siempre armas a los poderosos, al hacerlos imanes o representantes de Alá, está profundamente enraizada en las capas humildes de la población. Las colonizaciones extranjeras, la ruptura de los grandes imperios islámicos en mil pedazos, la implantación de Israel en territorio islámico, el poder temporal de otras religiones, no ha debilitado la fuerza religiosa del Islam: lo ha acrecentado, hasta el punto de que en estos momentos se está asistiendo a una mezcla característica de los factores religiosos con los de nacionalismo, raza o revolución económica popular. Es importante el dato de que para los islámicos, la pertenencia a "dar al Islam" (la casa, el territorio del Islam) es más fuerte que la nacionalidad. La división en distintas formas de creencia —chiitas y sunnitas, por ejemplo— es inferior a la que han representado en el cristianismo las separaciones entre católicos y protestantes. ■



Guerrilleros islámicos en las montañas del Nuristán, Noreste



de Afganistán.

los judíos; que iría mucho más allá que los problemas de los católicos en Polonia. Aterrorizados por el cerco militar de la OTAN, los duros del Kremlin podrían ver ahora como inminente una penetración en su propio territorio por la vía del Afganistán. La idea de que el movimiento musulmán estaba siendo favorecido por un complot de la CIA, por China y por los Estados Unidos, emitida por el Kremlin, no es una fantasía. Perteneció al juego normal de la política mundial. A la hora de condenar las intervenciones, no hay que olvidar las que no se valen directamente de tanques y soldados.

La respuesta de Carter

Los otros riesgos en que incurre la URSS, los de la represalia occidental, son menores por ahora. Carter ha ido reduciendo sus amenazas de represalia hasta dejarlas en lo que ya se conoce: el bloqueo de la venta de cereales a la URSS, el aplazamiento de la ratificación por el Congreso de las Salt; vagas sospechas acerca de la retirada de los Juegos Olímpicos de Moscú.

La cuestión de los cereales ha provocado ya la protesta de los grandes sectores agrícolas de Estados Unidos: no pueden tragarse fácilmente los dieciséis millones de toneladas dispuestos para su venta a los soviéticos. Ni hay hoy quien las necesite o, por lo menos, pueda pagarlas. La comisión norteamericana de los Juegos Olímpicos ha respondido, también, que el deporte está por encima de la política, lo cual oculta también otra política: la posibilidad de sacar una montaña de medallas de oro en Moscú, dispuesta para ser explotada. Otras medidas implican reciprocidad: la retirada de personal diplomático soviético en Estados Unidos o el cierre de Consulados equivaldría a reducciones automáticas de personal y Consulados de Estados Unidos en la URSS. En cuanto a la ratificación de las Salt, el propio Carter vela con inquietud que los congresistas lo estaban aplazando por sí mismos. Es un año electoral en los Estados Unidos —no sólo para Presidente, sino, como se sabe, simultáneamente, para renovación de senadores y diputados, para gobernadores de Estados y Parlamentos locales— y probablemente las Salt no iban a ser ratificadas antes de esas

elecciones (noviembre). Lo que Kissinger propone, desde su retiro, es una especie de pacto nacional entre los dos partidos, en vista de las circunstancias extraordinarias: un pacto que decidiera conjuntamente las acciones a tomar en esta guerra fría. Pero no parece que los republicanos caigan en esta facilidad. Los republicanos tienen muchas esperanzas de derrocar, por fin, a los demócratas en estas elecciones; colaborar con Carter en la crisis, apoyar sus medidas o comprometerse con ellas les quitaría temas para su campaña electoral. Carter está ahora en pleno desprestigio, aunque la sensación de crisis le haga subir algunos puntos en la cotización popular (hay un reflejo típico de apoyo al poder en casos de peligro). La caída del Irán y la pérdida del Afganistán, el hundimiento del dólar, el tema del petróleo son golpes contra él. Dejar que esta crisis se pudra en sus manos es la mejor táctica del partido republicano, que puede aparecer, después, como salvador.

Es, además, un partido típico de guerra fría. Si se abre paso hacia la Presidencia el rudo y áspero general Haig, y las circunstancias le favorecen, la guerra fría alcanzará su cénit.

Afganistán

¿Puede haber guerra?

¿Y la guerra caliente, la guerra de verdad? Es el gran tema. Si se tienen en cuenta los datos objetivos y la relación con circunstancias históricas, una gran guerra debería haber estallado ya. El peligro no es tanto la URSS como la crisis de la civilización occidental por la vía de su economía; lo que los marxistas llaman, sencillamente, la crisis del capitalismo. El capitalismo no ha conseguido equilibrar un proceso de crecimiento y consumo con la seguridad en las fuentes de materias primas que le aseguraban ese crecimiento. El procedimiento clásico era el colonial, la innovación fue el neocolonialismo o las zonas de influencia que permitían el dominio por otras vías de esas fuentes. Este último procedimiento ha fallado, o está fallando; volver al primero es mucho más difícil, quizá sea ya imposible, si se limita a guerras locales y limitadas. Sin embargo, toda la sociedad construida en torno a esta riqueza se está desmoronando. Los llamamientos al conservadurismo están funcionando todavía, desde aspectos muy pequeños y muy anecdóticos, con nombres como Wojtyla o la Thatcher. A pesar de la pretensión de eternidad de alguno de ellos, son fenómenos puramente cronológicos. A pesar de los muros de contención en los que se reclaman razones espirituales y medidas materiales, la sociedad se desgarrará a jirones.

Todo esto no es más que una parte del problema. La otra parte está en la URSS y en el mundo comunista. Hay una crisis del comunismo como la hay del capitalismo. Si la sociedad de Occidente se desmorona, se convierte en caos y en falta de salidas, se ahoga en su propia economía imposi-

ble, la del Este se desvanece, se desmaya, pierde tensión: tampoco encuentra salidas. La idea central del comunismo está fragmentada, y la de los revolucionarismos del Tercer Mundo está en auge. Los tres partidos del eurocomunismo han reflexionado sobre los acontecimientos del Afga-

nistán, y sólo el francés se ha aliado con la URSS, mientras el italiano y el español se ponían, una vez más, frente a ella. Difícilmente tendrá ninguna de estas posturas resultados positivos en el interior de los países hacia los que las declaraciones van dirigidas.



Tropas militares patrullan en la capital afgana.

Karmal: acabar con el feudalismo



Karmal, nuevo Presidente y uno de los padres de la revolución.



Amin, el Presidente derrocado y muerto en el asalto a palacio.

BABRAK Karmal es uno de los padres de la revolución, junto con Tarik, muerto por Amin, y con este mismo Amin, muerto ahora en el asalto a palacio. Es un político de primer orden. Hijo de un general, licenciado en Derecho en Polonia, dirige una facción —Parcham, la Bandera— del Partido Popular Democrático, y en 1978 fue apartado del poder y enviado como embajador a Praga. Ha profundizado su marxismo primero en los cinco años de prisión durante su época de estudiante —las cárceles han dado siempre promociones de teóricos marxistas—, luego en sus exilios en los países comunistas. Babrak Karmal ha legalizado la intervención soviética pidiendo su ayuda desde el poder; en realidad, su instalación como Presidente se ha hecho simultáneamente con la entrada de las fuerzas soviéticas. Sus ministros salen del grupo Parcham, del exilio en países comunistas: la huida a tiempo que les permitió salvarse del exterminio de Amin, al cual denuncia ahora como "carnicero, fascista, aventurista, antipartido, diabólico". En sus primeras llamamientos a la población, Karmal no se ha limitado a exaltar la amistad con la URSS: ha proclamado el respeto a la religión islámica, el derecho de todas las etnias a una situación igual, y ha anunciado la amnistía para todos los que abandonen la resistencia. "No se trata de proclamar el socialismo —ha dicho—, sino de abrirle el camino eliminando el feudalismo".



Alrededor de cuatro mil manifestantes, la mayoría de ellos afganos, protestan ante la Embajada de la URSS, en Teherán, contra la intervención soviética en Afganistán.

Esto es lo que distingue seriamente esta nueva guerra fría de la anterior. La otra era consecuencia del auge, en la posguerra, de los dos bloques, de su triunfalismo mutuo y del deseo de afirmarse: eran dos vencedores que se disputaban entre sí partes del botín. La actual guerra fría es más peligrosa: es la de dos bloques —o dos potencias y sus asimilados— a la defensiva. Cada uno de ellos culpa al otro de sus crisis, y en gran parte tienen razón, puesto que cada uno ha explotado las debilidades del otro. Pero hay factores nuevos, factores no dominados. Podríamos convenir en que los grandes puntos de fricción de la guerra fría pasada condujeron a situaciones de mejora. Por ejemplo, la terrible disputa verbal entre Eisenhower y Kruschchev a propósito del avión espía U-2, que ha sido recordada ahora con motivo de la conversación, probablemente más violenta —no se conocen los términos— entre Carter y Brejnev por el teléfono rojo; aquella condujo después a una mejora de las relaciones. O la crisis del Caribe, en la que se estuvo al borde de la guerra, que proporcionó a continuación la coexistencia. La del bloqueo de Berlín y el puente aéreo terminaría, a la larga, con un mejor funcionamiento de Berlín, con conversaciones entre las dos Alemanias, como la "apertura al Este" de Bonn. Dicho de otra forma, eran crisis que se podían controlar. Los dos gigantes sabían has-

Sa Carneiro: "Rusia es culpable"

LA nota más pintoresca dentro de la gran crisis internacional la ha suministrado el recentísimo primer ministro portugués, Sa Carneiro, al "llamar a consulta" al embajador de Portugal en Moscú, como protesta por la intervención soviética en el Afganistán. La "llamada a consulta" no es una retirada de embajador en toda regla, pero es el primer paso. Es tradicional que, cuando los temas se aplacan, no regrese nunca el mismo embajador, sino que se nombre otro. Recíprocamente, los soviéticos han llamado a su embajador en Lisboa, que nunca reaparecerá. La preocupación de Sa Carneiro por el lejano y ajeno Afganistán ha sorprendido, con considerable ironía, a todo el mundo: ningún otro país ha tomado una medida semejante, ni siquiera los Estados Unidos, cuyas represalias son parciales y medidas.

Pero detrás de este gesto cómico y enfático hay muchas más cosas. Hay una forma de renegar definitivamente de todas las características de la revolución de las claves; hay una manera de despechar más aún al Presidente Ramalho Eanes, cuya política exterior era más equilibrada, y hay, sobre todo, una manera de iniciar la guerra fría en su propio país. Como es sabido, el Partido Comunista Portugués, cuyo secretario general es Alvaro Cunhal, está considerado como prosoviético. Sa Carneiro va a iniciar de esta forma una "caza de brujas", creando en su país una tensión, por temas internacionales, que le conduzca a proclamar que el PCP es "obediente a una potencia extranjera", como se hizo en otros países durante la guerra fría anterior. Le va a permitir también enfrentarse con la izquierda antiamericana. Al mismo tiempo, consigue por una vía insólita la retirada y no sustitución por la misma persona, cuando el caso llegue, del embajador soviético, persona conocida y respetada por los medios de la izquierda en Portugal, y de una gran actividad diplomática.

Con todo ello, hace méritos frente a los Estados Unidos hacia un objetivo final —el presidencialismo encarnado por él, cuando consiga reformar la Constitución en ese sentido hacia el poder personal, y cuando pueda desplazar a Eanes— y hacer méritos con la OTAN.

Aun con todos estos propósitos, lo ridículo del gesto persiste. ■



ta dónde llegaban, y la contemplación del abismo podía detenerles. Ahora no están solos, no luchan por su expansión —a pesar de lo que diga Carter, la invasión soviética de Afganistán es una medida defensiva—, sino por su supervivencia; las crisis ya no se pueden controlar. En cualquier momento puede aparecer un Jomeini que desbarata todas las cartas. O unos países de la OPEP subiendo, una vez más, sus precios. En cualquier momento puede haber un movimiento de musulmanes en la URSS; en cualquier momento un país europeo puede sufrir sacudidas sociales profundas.

Es decir, el riesgo de esta guerra fría es que se opera con poco control de las crisis locales. Un vasto movimiento islámico puede alcanzar, por igual, a las dos cabezas de serie. Asia entera está en efervescencia. África es difícilmente controlable. Y el ahogo de la sociedad capitalista es profundo y grave. Dicho en otras palabras, si el terror de la guerra nuclear y la inseguridad de ganarla, y aun de perderla ganándola, no fuera todavía tan patente, la guerra habría sucedido ya. Vivimos, todavía, sobre lo que se llamó el equilibrio del terror, y ésta sigue siendo la característica mayor de identificación entre esta guerra fría y la otra.

El equilibrio del terror se puede romper en cualquier momento. Bastará con que una de las sociedades se encuentre definitivamente amenazada y no sepa de otra salida. Bastará con que la posesión de unas armas, el manejo de unos datos de táctica y estrategia por unas computadoras, haga creer a una de las dos sociedades que puede ganar la guerra —y ganar el mundo— sin que su metrópolis sea alcanzada, o lo sea relativamente. Aunque la realidad pudiera ser, después, considerablemente distinta.

Podría ocurrir, también, que esta crisis trajera, como las anteriores, una medida de reflexión, un alerta de las poblaciones —que fueron decisivas para impedir el conflicto en la guerra fría pasada—, una contemplación del abismo, que mutara las actuales circunstancias por un nuevo entendimiento global. Pero no será válido más que circunstancialmente, para un aplazamiento, si no se tienen en cuenta las situaciones de los "otros"; de los pueblos suministradores de materias primas. Que son los que tienen un nuevo protagonismo en esta crisis mundial. ■ E. H. T.